OCTAVA PARTE.

LA GRAN FAMILIA.

I.

CATALEPSIA.

Lady Campbell era una de esas mugeres cuyo retrato es menester retocar a cada página de su historia. Su carácter era mas bien bueno que malo, y el mal que hacia no era voluntario. Nuestros salones están llenos de mugeres parecidas a ella, y con justicia se las aprecia y aun muchas veces se les admira; pero es menester evitar el confiarles jóvenes, porque, como ya hemos dicho, el esceso de su bondad las arrastra a hacer muchas veces el papel de ellas. Eligen y aman como si fuera para sí, y acaso ¿quién sabe? se casarian con mucho gusto por ellas.

Tan cierto es que la amistad de las mugeres puede llegar a heróicas proporciones.

En el fondo, lady Campbell no merecia las severas pa-

labras que le habia dirigido Perceval al despedirse; y sin embargo este tenia derecho a hablarle de ese modo. Esto parecerá tal vez una contradiccion; pero es la esacta verdad. Lady Campbell mataba a su sobrina de buena fè, sin otro deseo que el de hacerla la mas dichosa de todas las misses del West-End. Tenia limpio el corazon y tranquila la conciencia. ¿Qué habia hecho sino el bien? ¡Y con trabajo, buen Dios! ¡Cuántos cuidados para llevar a cabo este enlace!....

Así pues, las últimas palabras de Frank no produjeron en ella la impresion que debia esperarse, porque no las comprendió.

Por otra parte, estaba entregada en este momento a un dolor tan profundo y a una inquietud tan verdadera, que no es estraña su falta de inteligencia. Lady Campbell amaba realmente a María mas que a cuanto habia en el mundo, y su infatuacion por el marques de Rio Santo, provenia de la ternura que sentia por aquella. Hacia largo tiempo que estaban casados en su mente.

Salió Frank, y tomando lady Campbell la mano de miss Stewart, la dijo:

—Yo sé, hija mia, que sois harto bondadosa y que me perdonaréis mi ligereza de hace un instante.... Yo no puedo dejar de amaros, puesto que amais a mi pobre María: mi intencion ha estado léjos de querer ofenderos.... Pero, ¡por piedad, no me oculteis nada! ¿qué ha pasado entre ellos?

—Lo ignoro, señora, respondió Diana, y a saberlo, os rogaria que guardaseis esas preguntas para otro momento.... Lo que ahora corre mayor prisa, a mi parecer, es dar socorro a la pobre Maria.

—Es verdad, hija mia.... es verdad, señorita, murmuró lady Campbell; voy a disponer que trasporten a mi pobre sobrina a Trevor-House.

—Me temo que no sea posible, señora.... En todo caso será necesario oir a un médico.... ¿os parece que envie a buscar el de mi madre?

—No, querida.... ya que teneis tanta bondad.... haced llamar a M. Moore, que vive en Wimpole-Street número 10.... M. de Rio Santo nos lo ha recomendado mucho.

En seguida marchó un criado a Wimpole-Street para buscar al doctor Moore, que habitaba en la casa contigua a la de Susana con el nombre, esta, de la princesa de Longueville.

En tanto que llegaba el doctor, lady Campbell y miss Stewart prodigaron a Maria cuantos ausilios creyeron convenientes, pero sin fruto. Este mal estraño las llenaba de sorpresa y de espanto; porque aunque creian que miss Trevor vivia, no podian estar seguras de ello, puesto que María no tenia aliento, pulso, ni calor.

Lady Campbell acusaba en su desconsuelo a Dios, a la muerte, a Frank, a todo lo que ecsiste, esceptuándose ella sola.

Diana, arrodillada enfrente de María, tenia una mano helada de María entre las suyas y lloraba en silencio.

Por fin llegó el doctor Moore. Este práctico, que ningun miembro del Colegio Real podrá desconocer, a pesar del nombre fingido que le damos en esta historia, tenia un golpe de vista tan seguro, que casi era proverbial entre sus compañeros. Su celebridad como *physician*, era grande, y sus obras eminentes, aunque poco numerosas, son estimadas con justicia por todos los sabios de Europa.

A primera vista conoció el doctor Moore el estado de miss Trevor; mas su impasible fisonomía no dejó ver su sorpresa ni inquietud, porque la celeridad súbita de su paso, tan mesurado de ordinario, hubiera sido para el observador una prueba de la gravedad de las circunstancias.

—¡Caballero, oh, caballero! esclamó lady Campbelle decidnos en seguida lo que debemos temer ó esperar.

El doctor recomendó el silencio con un gesto.

Diana, que se habia separado un poco, devoraba con la vista la muda fisonomía de Moore, tratando de adivinar su pensamiento; pero en aquellas facciones de bronce no habia nada escrito.

El doctor acercó un sillon para sentarse enfrente de María y hecho esto la considerò atentamente durante un minuto.

—Milady, tened la bondad de disponer que se preparen sinapismos en el momento; dijo, sin apartar la vista de María; que traigan àntes una palangana con agua.

Levantóse en esto y acercó su cara a la boca de Marìa; lo que no pudieron sentir Diana y lady Campbell, lo descubrió el doctor: María respiraba, aunque su aliento era frio é imperceptible. Moore puso la mano sobre el pecho de la pobre niña y conociò que aún le latia el corazon, si bien era tan débilmente que solo pudiera percibir sus pulsaciones la ejercitada mano de un médico.

—Perfectamente, murmurò con cierta satisfaccion.

Lady Campbell y Diana se abrazaron, en el arrebato de alegría que produjo en ellas esta palabra.

El doctor se frotó las manos y volvió a sentarse.

Trajeron la palangana con agua, y Moore sacó un estuche, del cual tomó una lanceta.

—Veamos, dijo.

Y alargando el brazo de María, abrió su vena y salieron algunas gotas de sangre.

—¡Muy bien! dijo el doctor.

Apénas soltó el brazo, describió este una curva poco a poco y volviò a tomar la posicion que tenia àntes.

—"Afeccion rara, misteriosa, terrible, murmuró Moore como si hiciera una cita; que parece llevar en la vida todos los caracteres de la muerte; en la muerte las principales condiciones de la vida".... No hay duda.... Eter, miladies, que traigan éter y opio.

Hizo tragar a María una corta dósis de éter y ópio y prosiguió:

—¡Remedio de viejas!.... Si le prueba, serà necesario quemar nuestros diplomas.... pero la jòven resiste.... ¡bravo!.... ¡estaba seguro de ello!

—Va a salvarla, señora, dijo miss Stewart, cruzando las manos.

—¡Oh! querida, respondiò lady Campbell; nos lo ha recomendado M. de Rio Santo.

Una camarera trajo en este instante los sinapismos, y Moore los aplicó, quemando como estaban, a los piés delicados y lindos de miss Trevor; despues volvió a sentarse y comenzó de nuevo su observacion.

Tened la bondad de hacer preparar una cama, señoras, dijo al cabo de algunos minutos; una cama dura, que no sea de pluma, inclinada.... ¡Oh, mucho tiempo hace que deseaba encontrar un caso semejante!

Diana y lady Campbell se miraron sorprendidas.

—Todos los médicos son así, querida, aventuró tímidamente lady Campbell.

—¡Venid! esclamó Moore en este momento; venid y veréis: ¡es curioso, por mi honor, mas que cualquier otra

cosa del mundo!.... he aquí sinapismos que hubieran punzado la piel de un toro, [en esto acercó a sus narices el lienzo cargado de mostaza], harina escelente, agua hirviendo, mis manos conservan la señal .... ¡Y bien! ved....

—Sus pies están blancos como el alabastro, señor doctor, dijo lady Campbell; ¿es ese buen signo?

—¡Ya lo creo que sí, milady!.... En un principio he creido que era una histeria ordinaria, pero ahora veo que es una catalepsia.... ¡una catalepsia! continuó con dogmático entusiasmo, "afeccion rara, misteriosa, terrible, que parece presentar en la vida todos los síntomas de la muerte; en la muerte las principales condiciones de la vida".... ¡Ah, es la primera vez que veo esto en veinte y cinco años que ejerzo mi facultad.

—¡Este hombre está loco, milady! esclamó miss Stewart asustada.

Moore se estremeció y bajó los ojos.

—Señora, dijo a Diana con tono de severa reconvencion, los que se dedican a esta ciencia para darla todos los instantes de su ecsistencia, son sugetos que no conocen las leyes transitorias y convenidas que rigen la vida del mundo.... A veces dicen, distraidos, sus pensamientos, y como estos son superiores a la inteligencia del vulgo, amenudo oyen murmurar a su alrededor: ¡este hombre esta loco! pero hacen poco caso, señora, porque saben desdeñar el ultraje y perdonar la ignorancia.

La pobre Diana balbuceó algunas palabras escusándose, miéntras que decia lady Campbell:

—¡Ah, querida! ¿cómo habeis podido incomodar al señor doctor?

En todo pais las palabras ingeniosas son una arma soberana contra los niños, las mugeres y las nueve décimas partes de los hombres.

María Trevor continuaba sin embargo inmóbil y petrificada. La sangría, el ópio, el éter y los sinapismos no habian producido el menor efecto visible.

Habia algo de singularmente horrible en el aspecto de esta estatua viva. De ordinario la idea de la muerte es inseparable de la de postracion; nos representamos a una persona muerta, acostada ó cuando ménos apoyada. Un muerto en pié es un espectro espantoso y sobrenatural.

María no estaba en pié, pero tenia una postura que habria fatigado a una muger robusta y en plena salud. Uno de sus brazos pendia a lo largo del cuerpo; y el otro, levantado algunas pulgadas de su silla, permanecia tendido, a pesar de haber separado el sillon de Perceval, donde poco ántes se apoyaba. Tenia levantado el rostro, aunque no hasta el punto de estender de un modo visible los músculos del cuello; miraba en derechura a su frente, si puede decirse *mirar* el tener los ojos abiertos y las pupilas desmedidamente dilatadas, aunque sin la facultad, en apariencia, de percibir las imágenes.

La catalepsia es un mal casi desconocido en el continente. Ciertos autores franceses y alemanes han negado su ecsistencia.

Entre nosotros, aunque no es comun, se presenta desgraciadamente bastante a menudo, y así es que nadie desconoce sus estraños y misteriosos efectos.

Tan rara como terrible, esta afeccion, a la que nuestro sábio colegio no ha podido aún encontrar un remedio, ha tenido us momento de estar en grande boga.

Era la enfermedad a la moda, y nuestros elegantes estaban catalépticos el dia en que no tenian cosa que hacer el domingo, por ejemplo: una lady, viuda de su pichon,

caía inmediatamente en la catalepsia. En todas partes se oía esta palabra, y lord John Tantivy, el Sportman, morirará persuadido de que su caballo alazan Peppercorn murió de esta enfermedad.

Levantaron entre dos camareras a María y la llevaron a la cama, preparada segun las órdenes del doctor Moore, acostóla este por sí mismo, y consiguió con mucho trabajo encoger sus miembros.

—Es una cosa muy sencilla, murmurò el doctor; esta jóven estaba hacia mucho tiempo en un estado contrario a la naturaleza.... y yo conozco bastantes mugeres mas robustas que ella, que no hubieran resistido tantos dias. Su sistema nervioso estaba irritado en estremo.... De continuo pasaba por alternativas apuradas de escitacion y atonía.... En una palabra, se empleaba con ella de otro modo un método anàlogo al que me sirve con esa bella niña que Bishop me ha vendido por cien guineas, y con la que hago mis esperiencias en Wimpole-Street.... Hoy habrá sentido algun choque violento.... La sangre se ha coagulado en sus venas.... y el cerebro debe haber sido atacado de catalepsia.... pero esto no es aún todo.... Es necesario buscar, escudriñar, descubrir....

Trató de cerrar los pàrpados de Marìa, que cedieron sin mucha resistencia; pero volvieron a abrirse lentamente.

—Señora, continuó el doctor, necesito saber de qué naturaleza ha sido el suceso que ha precedido.... y qué ha ocasionado el desvanecimiento de miss Trevor.

—¿No es mas que un desvanecimiento, doctor?

—La muerte solo es un desvanecimiento prolongado hasta el infinito, señora.... Permitidme qus os repita la necesidad que tengo de saber....

—Yo lo ignoro, caballero, lo ignoro absolutamente.... y como no pueda decíroslo miss Stewart....

—Lo único que sé es que ha tenido una gran conversacion con Frank Perceval.

—¡Aaah!.... esclamó el doctor, prolongando este elástico monosílabo.

—Desde que vino esta mañana, parecia estar distraida y entregada a estrañas ideas....

—Perfectamente, señora.... ¿Y sabeis el motivo que tenia para eso cuando vino?

Diana se sonrojó y guardó silencio.

—Señora, prosiguió Moore con autoridad; miss Trevor está muy mala.... es preciso que me contesteis.

—Habia recibido una carta de Frank, dijo en voz baja, Diana.

—¡Con que era un complot! esclamó lady Campbell.

—¡Ah! volvió a esclamar el doctor, ¡muy pronto se ha curado el honorable Frank Perceval!.... Algo he contribuido yo a esa cura, señoras.... Así, pues, ¿no podremos saber lo que ha pasado entre él y miss Trevor?

Moore le dirigió una mirada observadora.

—No, señor, respondió Diana.

—Señoras, os doy gracias, dijo volviéndose hácia Maria Trevor.

Diana lo miraba con desconfianza.

En cuanto a lady Campbell contemplaba con una especie de fascinacion el ojo reluciente y fijo de María.

Tenia el corazon oprimido, siendo en su conciencia el peso de una pena ó de un remordimiento.

Levantóse el doctor al cabo de algunos minutos y saludó en silencio como despidiéndose.

—¡Oh! no nos dejeis así, caballero, esclamó lady Campbell:—decidnos al menos que hay esperanzas....

—Miss Trevor no está muerta, respondió con frialdad el doctor.

Se puso los guantes muy despacio, y añadió: Voy a enviaros mi practicante Rowley para que aplique una ventosa en la espalda a la enferma.... y esta noche volveré.

—¡Dios mio, Dios mio! murmuró lady Campbell con desconsuelo, cuando partió el doctor; ¡què terrible desgracia!.... ¡Tan cerca de ser dichosa!.... ved, hija mia, qué aspecto tan horroroso presentan los ojos de María!.... ¡Oh! ¡yo moriré si permanezco al lado de esta pobre niña.

—Señora, contestò miss Stewart, si queréis, yo sola la velaré.....

El doctor Moore entrò en su coche y se acercaba al galope a Wimpole-Street.

—Haced que baje Rowley a mi gabinete, dijo Moore al criado que le abrió la puerta de su casa.

—El practicante médico-farmacéutico-asesino se presentò casi en seguida.

—Y bien, Rowley, preguntó el doctor, ¿qué es de nuestro bello pájaro?

—Continúa en su jaula, señor, contestó el bellaco en tono sarcástico y con cierto aire de dignidad; que el diablo me lleve si no daria la muchacha una pierna por poder correr a la coz cojilla con otra con toda libertad ...

—¿Permanece aún a dieta?

—Un lindo mendruguito de pan como de media onza es lo único que come cada dos dias.

—¿Y el cuarto está bien oscuro?

—Como boca de lobo.... Yo me hubiera muerto ya cien veces, señor.

Moore alzó los hombros.

—¡Ah! continuó Rowley, no es eso lo mas estraño, aunque está muy cambiada.... se sostiene bien todavía,

lo que me sorprende bastante.... Esta mañana la he dejado que se durmiera en lugar de despertarla al cabo de diez minutos (hora militar), como està convenido.... Cuando estaba bien dormida, entré para verla.... Tenia curiosidad, señor.... ¡Ah! ¡a fé mia, que puede decirse ha sido bien dirigida la cosa! no la queda ya mas que la piel y los huesos.... y cierta opresion, señor.... y estremecimiento.... ¡Ah! es un resultado que cuesta el conseguirlo un trabajo diabólico!

Rowley sacó su reloj.

—¡Hola, hola! esclamó, ya ha tenido tiempo de dormir trece minutos la picaruela; en recompensa voy a darle un poco bocina.

El ayudante envenenador salió apresurado.

Un instante despues se dejó tronar una voz en el piso superior, y un débil grito de muger que le respondió.